

Dos reflexiones sobre Fidel Sepúlveda Llanos, profesor y poeta

Por profesor Juan Gabriel Araya

Alguna vez pensé pedirle al amigo y colega Fidel Sepúlveda Llanos el trabajo de presentación que hizo de mi novela *Tragar saliva* en la Estación Mapocho de Santiago el año 1996 con motivo de su lanzamiento en la capital. No lo hice nunca. El trabajo era interesante, pues con mucha pericia descifraba claves del relato ambientado en Chillán. A modo de compensación leí sus poemas y disfruté de su sabrosa conversación en más de alguna oportunidad. En un Coloquio de Educación y Humanidades, celebrado en la UBB el mismo año de la novela, lo escuché hablar con pasión acerca de la educación de los sentidos. Fidel no sólo era un gran escritor, sino que, además, era un extraordinario narrador oral, contaba entretenidas anécdotas, adivinanzas, entonaba viejas canciones folclóricas y recitaba con suma facilidad poemas propios y ajenos, incluso algunos bastante pícaros.

Era un hombre de una vitalidad extraordinaria. Por lo tanto la noticia de su muerte en Santiago nos sorprendió hondamente. Nunca pensamos en su desaparición física, sin embargo, sorpresivamente nos encontramos enfrentados a esa triste realidad. Sus amigos de la Academia de la Lengua, de la Universidad Católica y sus numerosas relaciones acudieron a despedirlo y emocionados le dieron el último adiós capitalino para verlo partir a su querido pueblo de Cobquecura, su destino final. Sabedores de este deseo, el viernes 29 de septiembre del presente año concurrimos con otros amigos a Cobquecura, la tierra natal de Fidel, para participar de sus honras fúnebres.

Viajábamos al pueblo de la costa recordando sus poemas y leyendo algunos de ellos pertenecientes a su libro *Geografías*. La lectura de su poesía fue nuestro homenaje, a fin de enaltecer su memoria íbamos leyendo los versos dedicados a los lugares que tantas veces recorrió (esperamos ahora la edición de sus poemas que en una feliz iniciativa realizará prontamente en nuestro medio, el

infatigable Alejandro Witker asesorado por su equipo de trabajo) dotado de su exquisita sensibilidad y del incuestionable cariño por el entorno costero.

Las ceremonias fúnebres en Cobquecura significaron el reencuentro de los habitantes con su poeta predilecto. Tanto la Iglesia Católica como el pequeño cementerio local, al lado de la playa y cercana a los lobos vigilantes y trompeteros, fueron los delicados escenarios que cobijaron a autoridades, familiares, amigos, sacerdotes, niños, huasos, pescadores y curtidos campesinos que le rindieron al poeta su más sentido y hondo homenaje. Sin embargo, en nuestra estimación el escenario más impresionante fue el que otorgó la radiantez de la naturaleza. Las olas del mar en perpetuo movimiento mecieron la urna y le regalaron a Fidel, un saludo postrero, la fuerza que hace posible el desarrollo pleno de los sentidos del hombre. En vida fue un amante de los sonidos naturales. Siempre se esmeró en hacer resaltar la importancia que tiene para la educación y para la formación del joven y el adulto la infinitud de ruidos del bosque, de la cordillera, del mar, pues dicha audición es una experiencia insustituible para no dejarse embaucar con las falsas voces y para reconocer las verdaderas voces del ser. En su pueblo encontró “las verdaderas voces”, en sus bosques y mares los sabores y olores que le permitieron tener contacto auténtico con la piel de la naturaleza.

Empero, y ya en forma definitiva, el poeta encontró por los siglos de los siglos, otro tesoro que anhelaba: el silencio, el misterioso lugar donde acontece la sintonía del todo y de cada una de sus partes y en el que el ser se hunde en la invisibilidad para vivir impercederamente en el recuerdo de los demás. Nos asiste la convicción que Fidel permanecerá con nosotros, será ruido de la naturaleza, al mismo tiempo que será el silencio que queda después de la oración y el segundo posterior al rompimiento custodio de las olas del mar de Cobquecura de Ñuble.